



Revista
NOMADE

Caras y Voces

Espejismo

Esteban de Jesús López Guerrero





CARAS Y VOCES. ESPEJISMO

ESTEBAN DE JESÚS LÓPEZ GUERRERO¹
estebanedj3@gmail.com

EL MONSTRUO DEL PANTANO

En el año de 1882, se dirigían hacia uno de los pantanos más misterios del mundo, con su amigo Alan, quien era un expedicionario de alta reputación, que se sentía intrigado y quería investigar sobre un mineral que solo existía en algunos pantanos del sur de Colombia, puesto que ese mineral tenía el atributo de curar inmediatamente los problemas de visión.

Lastimosamente, en aquel entonces pensaba que Alan tenía los mismos intereses y que los dos se enfocarían en buscar y lograr el descubrimiento del siglo para la ciencia y el bien de la humanidad. Por el contrario, no sabía que la verdadera razón para que Alan fuera con él era únicamente en busca de su conveniencia, con el propósito de volverse rico y mucho más famoso entre sus colegas a costa del mineral, pero su codicia lo llevó a un error fatal, que le costaría su vida.

Habían llegado al pantano dos días después de salir del pueblo más cercano; como suele ser costumbre, recorrieron el lugar con la intención de hacer un reconocimiento; al comienzo todo estaba completamente tranquilo, les sorprendía la presencia abundante y la diversidad de pajarillos en el lugar: tomates, azules, amarillos, algunos con picos largos y delgados, otros chatos y negros. Aquellos animales que no había visto antes y que no volvería a ver se movían de un lado a otro sin cesar.

La presencia del atardecer en el pantano se tornó de un color brillante que los confundía e invadía a su pensar con acertijos sin respuesta; Alan le comentó su deseo de adentrarse en el pantano, sin tener en cuenta que pronto anochecería y la poca visibilidad que los atraparía. Había algo dentro de él que le advertía que la noche en el pantano era muy riesgosa, siniestra, perturbadora y, ¡claro! Aquella noche Alan lo comprobaría.

Aún, a pesar de que le sugirió que lo dejara para las horas de la mañana, explicándole que serían menos vulnerables frente a las bestias que suelen habitar en un pantano y lo desconocido, Alan decidió no hacer caso a sus palabras y le respondió de manera ruda:

—No es necesario que me hables como si yo fuera un novato. —Pese a su respuesta, decidió evitar los roces con su compañero de expedición y le contestó:

—Hombre, tú verás si decides ir; yo no te detendré más —y, dando un giro, le hizo una señal de despedida con su mano y entró en su tienda.

Pasaron unos cuantos minutos, hasta cuando se oyó el sonido de la tienda de Alan, quien había decidido aceptar su consejo e irse a descansar por ese día, de modo que, sorprendido y tranquilo, decidió dormir.

Al amanecer, comenzaron con su trabajo de búsqueda, pues los deseos de los magníficos resultados que les daría el mineral los impacientaban; empezaron por el lado norte del pantano y, a pesar de que tenían que cerciorarse de no dejar ningún lugar sin revisar, el tiempo y su misión

¹ ESTEBAN DE JESÚS LÓPEZ GUERRERO. Licenciado en Filosofía y Letras, Maestrante en Etnoliteratura, Universidad de Nariño. Coordinador de Evangelización - Colegio Champagnat de Bogotá.



avanzaron rápido; sin embargo, no habían podido alcanzar resultados satisfactorios; al oír lo que decía sobre su frustración, solo hasta ese momento se enteró de las verdaderas intenciones de Alan, pues, al verse algo inquieto, mencionó que estaría dispuesto a hacer lo que fuese necesario con el fin de conseguir lo que quería; al caer la noche, Alan se retiró un poco del pantano y comenzó un extraño ritual; él lo siguió entre los matorrales, con sigilo, para ser testigo de lo que iba a ocurrir.

Resulta que Alan, al ser víctima de la ambición y la terquedad de querer ser famoso, había decidido invocar al mismísimo diablo, para hacer un pacto en el que le ofrecía su alma a cambio del mineral.

El diablo acudió al inquieto llamado de su amigo, en forma de una gran mancha negra, en medio de la cual se presagiaba sutilmente su rostro. Su amigo, sin pensarlo dos veces, le habló sobre sus deseos, ante los que el diablo le dijo:

—Te revelaré dónde está y te llevaré hasta el mineral. ¡Declárate mi esclavo y vete de aquí!
—Y Alán contestó:

—¡Seré tu esclavo, señor!, —y comenzó a caminar hacia atrás.

El diablo se quedó en medio de la maleza, sonreía maléficamente y justo cuando Alan no podía oírlo, dijo:

—Encontrarás el metal y esa será tu maldición, —¡fin del trato!

A la mañana siguiente, despertó un poco antes y, con el corazón oprimido, intentó advertirle a su amigo. Alán despertó y, sin escucharlo, empezó a revelar que tuvo en sus sueños un encuentro, por el que supo dónde se hallaba el mineral; que se encontraba en una caverna, justo debajo por debajo de las aguas. Al finalizar el relato, lo abrazó con fuerza y le dijo:

—Mis sueños me esperan; ten seguro, viejo amigo, que no me olvidaré de ti. —Fue, así, cuando observó a su amigo, que salió corriendo hacia el pantano, en el que se arrojó sin espera alguna; después, cuando salió de allí, se encontraba cubierto de lodo y empezó a limpiarse y, entonces, cuando notó que su cuerpo estaba compuesto por roca y musgo. Alan había cambiado y ahora comenzó a gritar terroríficamente:



Figura. 1. El monstruo del pantano. Autor: Esteban de Jesús López Guerrero.

—¡Maldito, maldito seas!, pero no te saldrás con la tuya; juró que no dejaré que otros caigan en tu trampa. —Entonces, lo observó y, con gritos y una voz gruesa, le dijo:



—¡Largo de aquí y que nadie vuelva jamás! —Salió corriendo y comprendió que había perdido a su amigo. Desde entonces, no volvió a ese maldito lugar.

Hasta ahora, se dice que son muy pocas las personas que se atreven a ir cerca al pantano y que, cuando se encuentran cerca, se oyen voces de lamentos y gritos escalofriantes, que dicen que son lanzados por el monstruo del pantano.

Fuente: López. E. (2017). *Caras y voces. Espejismo*. Trabajo de grado Licenciatura en Filosofía y Letras. Departamento de Humanidades y Filosofía: Universidad de Nariño.

CARAS Y VOCES

Era una tarde como cualquier otra; la nieve caía y provocaba quedarse en casa; se encontraba jugando en la sala de la casa, el carro rojo corría con más fuerza y ya había ganado la competencia de velocidad entre los otros tantos juguetes; sentía la tranquilidad del inocente juego que recorría su cuerpo; su madre lo observaba y sonreía. De repente, la madre se le acercó un poco más, se sentó en el sofá marrón y le dijo:

—¡Sonríe un poco más, me gusta verte contento! —Al mismo tiempo que se veía que se creaba un manto de lágrimas en sus ojos, se inclinó hacia él cariñosamente y, con voz quebrantada, añadió:

—¡No olvides que te amo, pero debo de dejarte con la Señora Martha! —Y, estrechando sus manos temblorosas, se levantó y, al agarrar el abrigo, de un solo sacudón se lo puso. En eso, sonó el timbre y al abrir vio a la señora Martha, que estaba de pie en la entrada, que dijo:

—¡Buena tarde! —Empezó a dirigirse hacia él; ¡qué amable era cuando se encontraba su madre, lo que la había convencido de que esa era su verdadera personalidad!; luego, añadió:

—¡Ven! Te prepararé algo de comer. —Y lo decía con una voz dulce y consentidora, mientras se dirigía hacia la cocina; él la seguía a la distancia y prefería creer que ella ya no sería como lo había sido anteriormente; vio que su madre se acercó a la puerta y dijo:

—¡Cuide a mi hijo!, —recogió su maleta y salió de la casa.

¡Claro, como siempre! —le contestó la señora Martha, con una sonrisa perversa, ante la ausencia de la madre, por lo que él, que la había visto, salió de la cocina y pensó en refugiarse en su cuarto y allí se durmió.

Había amanecido, por lo que salió de su cuarto lentamente, procurando no hacer ruido, para ver que allí estaba la silueta de la señora Martha y quedar estupefacto. Ella se le acercó y él notó que traía algo en sus manos; no fue capaz de alzar la mirada, cuando oyó su voz, que le decía:

—Hijo mío, come esta carne, está deliciosa; come, pues no quiero que te enfermes. —Esa carne estuvo sabrosa, tanto que comenzó a sentir algunos sabores que no lograba describir. ¡Esa carne estaba deliciosa, tanto que sentía que se elevaba! No sabía lo que le estaba pasando, veía a su alrededor, no podía aferrarse a nada, seguía flotando; el piso empezó a caer hacia un vacío infinito. El miedo lo dominó, fue increíble, y de pronto no pudo soportarlo más y gritó:

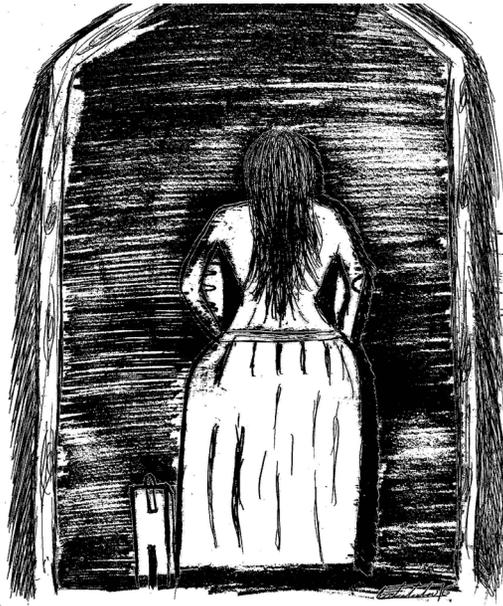


Figura 2. Caras y voces. Autor: Esteban de Jesús López Guerrero.

—Señora, Martha, ¡ayuda, por favor! —Su miedo aumentaba y todo empezó a girar, cada vez más rápido. Sintió que su corazón iba a estallar, todo empezó a oscurecer, sus párpados le pesaban, ya no podía tener abiertos los ojos, la ceguera lo atrapó; sentía cómo seguía girando.

Abrió los ojos, el calor lo fatigaba; su madre estaba presente, su rostro se veía angustiado; vio a la señora Martha, que lo miraba y sus ojos mostraban una ternura muy bien actuada, cuando su madre la observaba. De repente, se rompió el silencio y la señora Martha dijo:

—¡Vaya susto, qué alegría que esté bien!; ahora sí podré irme en paz, pero permítame darle un gran abrazo, —y, agarrando una pequeña maleta de cuero de color café, se dirigió hacia mí. Al estar cerca de mi oído, me preguntó, en un susurro:

—¿Cuál es la prisa por despertar? —Se desesperó; solamente hasta ese momento pudo hablar:

—¡Agua! —Su garganta le raspaba; entonces, su madre corrió hacia la cocina, tomó el primer vaso de cristal que encontró; como los nervios la dominaban, se le resbaló el vaso; él siente desde su cama el estruendo del cristal. La madre recogió los cristales con afán, se dirigió hacia donde se depositaban los desechos y, al ir a deshacerse de ellos, descubrió allí los restos de un veneno y gritó:

—¡Dios mío!, ¿qué hace eso ahí? —De inmediato, la madre se dio cuenta de la maldad de la señora Martha, corrió hacia la habitación, pero ya era demasiado tarde; ella se había marchado y había dejado a una madre consternada, que abrazó y ya no descuidó a su hijo jamás.